

Contraste histórico de las teorías de Marx, desde la perspectiva del siglo XXI

Por: Alfonso Galindo Lucas*

UNIVERSIDAD DE CÁDIZ (España)

Publicado en Revista Laberinto

(<http://laberinto.uma.es>)

Resumen

El objeto de este trabajo es hacer un análisis del grado de acierto de las predicciones de Marx, discutiendo si se han cumplido o han de cumplirse, teniendo en cuenta que en sus teorías no se especifica el plazo. Se propone revisar y refutar parcialmente el enfoque consistente en afirmar con desidia que Marx estaba equivocado, por el simple hecho de que el bloque occidental derrotó al bloque soviético. En el ámbito histórico y el sociológico, existe un enfoque llamado materialismo que, acertadamente, tiende a identificarse con el término “marxismo”. Esta palabra ha sido tabú en los años 90 y tal vez lo siga siendo en la actualidad, pues no hay invento más injustamente tratado que el que sirve para explicar que a unos inventos se los trate mejor que a otros.

“... entre el verdadero sentido del mensaje de Marx y la práctica e ideología bolchevista hay un abismo por lo menos tan grande como el que había entre la religión de los humildes galileos y la práctica e ideología de los príncipes de la Iglesia...”

Joseph Alois Schumpeter, Capitalismo, socialismo y democracia

Introducción

No es objeto de este análisis la descripción detallada del pensamiento de Karl Marx o del marxismo, pues existe gran profusión de trabajos al respecto, de los cuales siguen siendo abundantes los que son de excelente calidad. Lo que me propongo es desvirtuar la tendencia, que viene siendo tradicional desde hace más de un siglo, de buscar fallos en su extensa obra, normalmente, sin dejar de reconocer sus virtudes. Trataré de demostrar que las principales críticas son aún más defectuosas que el objeto de las mismas y que su desacierto se produce a veces existiendo evidencia histórica a favor de Marx.

Muchos de los que opusieron a Marx en vida alguna objeción teórica fueron implacablemente contrarrestados, como en el caso de Pierre Joseph Proudhon. Por el contrario, en el siglo XX, la lluvia de críticas se ha llevado a cabo de forma similar a la búsqueda de un protagonismo envidioso que se niega a reconocer a Marx como un genio. Teniendo en cuenta la época en que se producen y difunden sus obras, podemos

decir que este filósofo alemán es a las Ciencias sociales lo que Darwin a las Ciencias naturales. Aunque a ambos autores se les ha citado para justificar planteamientos poco científicos, el agnosticismo común a sus teorías marcaron un cambio de época en la Ciencia.

A modo de repaso, la principal aportación, a mi juicio, de Marx y Engels es el marxismo como metodología de investigación en las ciencias sociales y se trata de una aportación tan convincente y eficaz que siempre se la ha tratado de eclipsar mediante las avalanchas de críticas a El Capital . En el momento actual, podemos afirmar que la demonización del marxismo ha sido efectiva, hasta tal punto que la mayor parte del mundo académico no ha tenido la oportunidad - menos aún, el interés- de ilustrarse en el contenido de la obra de Marx. Por eso es bueno volver a hacer crítica del marxismo, aunque se corra el riesgo de que este ejercicio pueda ser anatema en la Historia actual, de tan “en desuso ” que se ha llegado a considerar.

El marxismo, de entrada, puede significar tres cosas distintas: Una metodología de investigación que Marx y Engels proponen en la obra La Ideología Alemana y Miseria de la filosofía, aplicable de forma universal a las sociedades de cualquier época y de cualquier circunscripción geográfica; en segundo lugar, la actividad política pseudo panfletaria, propia de su época y brillante para los objetivos que se propone, que registró sagazmente en El manifiesto comunista ; la tercera acepción del marxismo es El capital, una obra donde se hacen poderosas contribuciones a la Teoría Económica, pero en la que Marx comete el despropósito de aplicar incorrectamente su propia metodología a las finalidades tendenciosas del socialismo de su época. La evaluación de la idoneidad de estos planteamientos, desde el punto de vista político no es una finalidad de este trabajo, sino el comentario de las aportaciones científicas de Marx en el ámbito de las Ciencias sociales. Me propongo una defensa íntegra del marxismo metodológico y gran parte del socioeconómico, admitiendo como algo discutible en marxismo de tipo ideológico.

En esta estricta parcela, comprobaremos que la actividad científica y filosófica de este genio se reduce, como suele ocurrir con los genios, al descubrimiento de verdades que ahora nos parecen de sentido común. Incluso este aspecto ha sido criticado con la finalidad de desentronizar al maestro, cuando se afirma que los aciertos de Marx pueden resultar triviales.

En la época denominada “globalización”, hasta el pensamiento discurre a un ritmo frenético y los propios autores en vida -como Fukuyama- tienen que estar corrigiendo sobre la marcha sus predicciones. Tarde o temprano, alguien tenía que hacer un repaso de las predicciones de Marx, para estudiar si realmente eran tan descabelladas.

1.El marxismo como metodología de investigación en las ciencias sociales.

En este trabajo no se pretende una ‘comunidad’ con la totalidad de la “doctrina” marxista, ni aún con la obra de Marx. Sin embargo, como trataremos de exponer, el enfoque materialista suele resultar el más apropiado, cuando se trata de ámbitos pertenecientes a las Ciencias Sociales. Todavía es muy usual el enfoque interpretativo, debido a la frustración de las exigencias del enfoque empíricoanalítico y su no aplicabilidad total al comportamiento humano. Sin embargo hay quienes persisten en adoptar una apariencia de precisión y positivismo. Ninguno de los dos enfoques es el más idóneo, comparado con el Materialismo o Interpretación Económica de la Historia

En la Economía, por ejemplo, desde que la estanflación hizo mella en el keynesianismo, se viene demandando un nuevo paradigma científico. El neo institucionalismo se ha postulado como un paradigma emergente en la Economía. En trabajos recientes, se intenta presentar este enfoque como alternativo y, por lo tanto, incompatible con el marxismo. Sin embargo, es más acertado considerar el materialismo histórico el paradigma general para las Ciencias sociales y el neoinstitucionalismo una de las teorías posibles dentro de este enfoque.

Una de las principales aportaciones de la Economía a las Ciencias sociales es algo muy parecido a un dogma: la suposición de racionalidad. Esto es considerado una debilidad, desde el punto de vista positivista, pero no es recomendable imitar estos esquemas cuando tratamos de explicar decisiones humanas. En este extremo, dependemos de las Ciencias naturales o de la Psicología para que nos confirme o rechace la hipótesis de la racionalidad.

La racionalidad se debe aplicar a un concepto básico que es el de interés, no el referido al coste del tiempo o tipo de interés, sino el “interés material”. La racionalidad es la búsqueda preeminente del interés individual o colectivo. Ese interés, en sentido amplio, puede venir definido por necesidades humanas, pero, en términos estrictamente economicistas, lo identificaremos con el lucro.

El lucro es una palabra que puede sonar desagradable, sobre todo cuando se usa, como John Reed, a modo de explicación o casus belli de la denominada guerra imperialista. Sin embargo, no hay que olvidar que el término “lucro” es, a su vez, un eufemismo para la palabra “codicia”. Ese es el concepto que asimilaremos al de interés material de un individuo, desde el punto de vista egoísta.

La averiguación de los intereses e intenciones e incluso la propia observación pueden y suelen ser tan sólo una sucesión de aproximaciones, pero nunca una interpretación, pues no está ordenada por dogmas, es decir, es preferible obtener conclusiones incompletas o en términos de probabilidad, pero sin perder nunca de vista un procedimiento de investigación totalmente objetivo. Gracias a la postura del científico, que no es más que una actitud ante la investigación, la realidad se esquematiza de una forma bastante sencilla.

Por difícil que resulte la tarea, la objetividad depende de las posibilidades de actuar a espaldas del colectivo estudiado. Eso significa que jamás será válida la información proporcionada por el propio sujeto estudiado. Según sean sus intereses, éste siempre estará incentivado a engañar acerca de sus intenciones. El método materialista consiste en deducir las intenciones a partir de los intereses o, de una forma más genuina, despreciar la importancia de las intenciones.

El marxismo metodológico no se detiene a comprobar la bondad, la calidad de los genes o el grado de fervor de los sujetos para predecir su comportamiento, sino más bien las circunstancias que les rodean, reconociendo en todo momento que el investigador participa de esa misma naturaleza que trata de investigar. Esta virtud no impide que pueda existir incertidumbre en el análisis de las circunstancias o en la medición de los comportamientos. Aun así, involucrarse en el fenómeno con la falsa idea de conocerlo mejor no ha de producir otra cosa que la contaminación del análisis con opiniones y declaraciones de intenciones y la del fenómeno con la revelación de las intenciones.

investigadoras.

2. Análisis marxista de las críticas a Marx

El triunfo de la Revolución soviética -nadie se lo habría imaginado una década antes- y el establecimiento de un régimen estalinista que obtuvo grandes conquistas territoriales al vencer al ejército alemán en la II G. M. supusieron para el sistema capitalista un gran contratiempo y para Occidente un gran desafío. El régimen despótico de la URSS se fundamentaba en el marxismo para justificar sus acciones. Por este motivo, la consigna en los países "libres" era criticar a Marx, incluso a costa de negarle la razón donde la tenía. Incluso la izquierda se desmarca expresamente del marxismo, lo mismo que la derecha con relación al fascismo.

Durante sus 70 años de vida, el bloque soviético tuvo una especial repercusión en las conciencias de los ciudadanos occidentales. Primero, en aquellos países que habían ganado la I G.M., por el diagnóstico precoz que hizo Lenin de su estallido y el talante pacifista que mostró al pactar con Alemania la salida pacífica de la URSS. Desde 1925, la innovación doctrinal de Stalin consiguió "nacionalizar la ideología" (Gilbert Taylor), es decir, ocultar al mundo, bajo el embeleso de la sociedad igualitaria, la atrocidad de los crímenes cometidos bajo su régimen. En el bloque soviético, la Gran Depresión de los años treinta era simplemente inexistente y la imagen del Imperio Ruso era la de una próspera hermandad auspiciada por el COMECON. El comunismo se convirtió en un frente ideológico antifascista y anticapitalista, tras la rendición de Alemania en 1945 y el reparto con los aliados del territorio de la potencia perdedora, los méritos de la victoria y la facultad de escribir la Historia. De hecho, aunque se dice que los nazis habrían perdido de todas formas, fue el frente oriental el que decidió la derrota del eje.

A esa idealización en occidente del denominado 'socialismo real' soviético se unían, más tarde, las denuncias que realizaba Khrushchev en 1956 sobre los crímenes cometidos bajo el régimen de Stalin y la imagen de modernización que supo transmitir el líder soviético entre la población del bando enemigo. Furet advierte que en el gesto de Khrushchev se estaban poniendo en cuestión tanto los planteamientos teóricos como prácticos de la Unión Soviética. No hay que olvidar que similares orígenes de movimiento obrero emancipador gestaron, entre guerras, el advenimiento del fascismo italiano o español; incluso el partido nazi usó como reclamo un nombre de izquierdas.

Por eso, un argumento muy recurrente ha sido establecer afinidades teóricas entre el régimen soviético y el fascismo, debido a la represión intelectual o a la planificación económica centralizada.

La moda se convirtió en costumbre y la inercia de este planteamiento tiende a identificar el marxismo con el pasado y el régimen estalinista y, en el peor de los casos, con facetas más recientes y ridículas del comunismo pseudo cofrade de partidos políticos occidentales.

La idea antimarxista que mejor implantación ha tenido en la formación de los investigadores es que las ideas y valores (superestructura) pueden ser, por sí solos, motores del progreso social. Para refutar a Marx, suele argumentarse que en su obra los intereses económicos de las clases asumían en exclusiva el papel de motores. Un eclecticismo fácil diría que ambas causas pueden co-participar en el progreso. Sin

embargo, resulta interesante reavivar la disputa entre la gallina y su huevo. ¿Es el protestantismo es, como afirmó Weber, la causa de la propagación del sistema capitalista o por el contrario, el triunfo del protestantismo en Europa fue debido a la implantación del capitalismo? La solución marxista es mucho más fácil de defender, teniendo en cuenta que el cisma fue mejor acogido en las islas británicas que en el continente. La interpretación económica de la historia explica el hecho de que en el país más industrializado, por razón de sus peculiaridades geográficas, se implanten unas u otras ideologías.

Otra de las críticas que más perduran hace referencia al papel de las aptitudes personales en la movilidad social. La teoría marxista es bastante determinista en cuanto a la suerte que corren los individuos, en función de la clase social a que pertenezcan. En los ámbitos académicos relacionados con la Economía y la Sociedad, se fomenta un enfoque de investigación denominado interpretativo o hermenéutico, en el que –Tal vez para potenciar el surgimiento de iniciativas empresariales- se ha optado, a falta de explicaciones mejores, por utilizar el estudio de caso y se ha denominado “ejemplo paradigmático ” a empresas que precisamente se caracterizaban por ser la excepción: Empresas que aparentemente habían surgido de la nada y habían devenido imperios multinacionales, expulsando a los malvados Goliat de tecnología obsoleta. Bill Gates o Mario Conde, ahora un tanto maltratados por los medios, eran El Cristo, la encarnación del self made man , en la mitología del mercado.

Las dos grandes salvedades que se pueden oponer a este alegre planteamiento son, en primer lugar, el carácter moral de lo que ahí se entiende como cualidades, ya que la pertenencia a una clase o la tenencia de riquezas no solamente puede venir determinada por la inteligencia o la energía empleada, sino por la falta de escrúpulos y la traición. En segundo lugar, es evidente que los ambientes o circunstancias en que nos hallamos inmersos inhiben unas aptitudes y potencian otras. El que tiene tendencia a invertir su salud o sus dones individuales, si además tiene capital, va a tener el éxito más a su alcance que alguien de quien la sociedad sólo demanda obediencia, dedicación y tolerancia. Es demagógico el discurso de la posibilidad de endeudarse para llevar a cabo los proyectos personales, eludiendo la desventaja competitiva inicial con respecto al heredero del capitalista; esta posibilidad también está al alcance de éste último, aunque con mejores condiciones y en mayor cantidad, dado que ofrecen garantías.

Uno de los rapapolvos más ingeniosos a las teorías marxistas se publicó de manera inmediata al reparto posbélico de Postdam. La obra cumbre de Schumpeter , lectura obligada del Pensamiento económico, analiza y comenta el pensamiento marxista de forma excelsa y rica en pies de páginas, centrando la atención del lector en cuestiones formales consideradas de suma importancia. Las principales perspicacias de este redicho e ilustrado economista están perfectamente encaminadas a la descalificación definitiva del marxismo.

a) El autor exhibe su admiración por Marx e incluye una recopilación de aciertos y virtudes que en ocasiones incluso llegan a desmentir críticas previas, excesivamente exigentes y poco creíbles.

b) Se echa mano de la “trivialidad ” para desmitificar los aciertos geniales de Marx.

c) La crítica se limita a El capital, muchas de cuyas virtudes se reconocen, como libro de Economía.

d) Muchos de los méritos reconocidos son del tipo “en la época en que se escribió El Capital, ya era suficiente...” , lo cual resta vigencia a sus teorías.

El verdadero posicionamiento de Schumpeter se desvela en el cuarto capítulo, cuando hace gala de un patriotismo histérico. No obstante, la rotundidad de sus afirmaciones incita a imaginar, de modo alternativo, que este tipo de frases por encargo hayan sido escritas de forma agudamente sarcástica, con la finalidad de reafirmar la admiración del autor por el marxismo.

Por otra parte, cuando hablamos de Economía o de cualquier otra rama de la Ciencia social, es obvio que estamos inmersos en el estudio de la naturaleza humana. Esta es una virtud que se atribuye correctamente al marxismo. Antes del surgimiento de la sociobiología y de la propia palabra “multidisciplinariedad”, Marx ya había sabido insertar la Ciencia social en el marco de las Ciencias Naturales.

Ahora bien, este logro ha servido de argumento adverso a una buena parte de la crítica. Según Singer, el marxismo pronostica la posibilidad de cambio en la naturaleza humana, en función de una estructura productiva, lo cual equivale subvertir las propias indicaciones del marxismo y enfrentarlo con el darwinismo. Otras interpretaciones de la teoría materialista afirman que se atribuye a la especie humana la posibilidad de “superar sus determinaciones biológicas”, lo cual equivale casi a pretender exceptuar el propio marco conceptual de Marx, derivándolo hacia un humanismo que a él le habría resultado repulsivo. La explicación correcta de la postura del marxismo acerca de la naturaleza humana es, de nuevo, la más sensata: Marx sabía que la naturaleza humana es versátil; según la relación entre sus necesidades y las características del entorno, es capaz de actual de forma más solidaria o más competitiva. Por lo tanto, no es necesario inventarse críticas acerca de cambios evolutivos rápidos, ni oponer a Marx sus propios aciertos.

3. La pequeña tiranía del proletariado. Predicciones cumplidas, erradas y postergadas

Según Furet, "todo lo que queda del régimen de Octubre es lo que ellos anhelaron destruir", es decir, la libertad de empresa, la marginación, la pobreza, etc. La desintegración del bloque soviético se ha entendido hasta ahora como una defunción producida de forma natural, por disfunciones en sus elementos internos, que afectaron a la teoría y la práctica del socialismo. El papel de las democracias capitalistas en la caída del régimen se nos presenta como una mera omisión de socorro, no más activa que la profusión de expresiones de sorpresa. Hoy se admite que el capitalismo occidental, como principal interesado, ejerció un papel muy activo en la derrota de la URSS en la guerra fría y que el espionaje es el principal motivo de que hoy tengamos Internet.

La derrota del comunismo soviético y el inmediato proceso de desmantelamiento del Estado del Bienestar han servido para probar el fracaso no sólo del modelo de Estado socialista, sino de la propia ideología comunista y, por extensión, cualquier aspecto de la teoría marxista. Sin embargo, gran parte del esquema general predicho por Marx está sucediendo ante nuestros ojos y otra gran parte no se puede afirmar que no ocurrirá pronto. Aparentando una suerte de impaciencia, los adversarios del marxismo parecen

haber establecido en 1989 el plazo límite de caducidad de la teoría marxista, a fin de evitar o retrasar en la medida de lo posible lo que el marxismo considera inevitable, demostrando que en el fondo comparten el temor de que los pronósticos sean acertados.

Ese hecho inevitable es una revolución, es decir, una subversión de clases, en la que los poderes dejen de ser detentados por las mismas dinastías históricas. La historiografía actual tiende a olvidar que esto se cumplió en Rusia en 1917 y que se implantó la dictadura del proletariado. A continuación analizaremos esa característica tal y como ha sucedido, con una perspectiva en la que contamos con mejor información que Marx. En un alarde de prudencia, el filósofo no se aventuró a describir cómo sería dicha dictadura ni la posterior sociedad sin clases. Habiendo caído el Telón de acero y la misma Unión soviética, con todo su aparataje ideológico, ¿podemos afirmar que estamos inmersos en una sociedad sin clases?

El proletariado, en la época de Marx, estaba compuesto por los obreros fabriles, procedentes del campesinado inglés o irlandés egresado por las revoluciones agrícolas. No fue este proletariado quien combatió en Rusia contra la monarquía, sino un proletariado de desempleados precedidos por tecnócratas e ideólogos, que pidieron ayuda al campesinado. Sin embargo, también el ascenso de la clase burguesa en Francia se logró mediante la promesa de derechos al campesinado. En este caso, el campesinado consiguió el sufragio universal y el respeto de derechos individuales y colectivos. En el caso soviético, se consiguió también el voto de las mujeres, la integración racial, el reparto más igualitario del producto del trabajo y derechos asistenciales frente al Estado; mientras que la Revolución francesa pretendía corregir una desigualdad de partida, el sistema soviético tendía a impedir que surgiesen nuevas desigualdades. Pero lo mismo que la burguesía, en Occidente, se corrompió e incumplió sus promesas, también los soviets dejaron de identificarse con los distintos oficios urbanos o campestres y se convirtieron en burócratas. En el momento actual, todo sucede tan deprisa que la propia globalización está incumpliendo sus promesas.

Este proceso es lo que he denominado “la pequeña tiranía del proletariado”, entendiéndolo que no es algo característico de la región soviética, sino de la época soviética, pues la militancia en el resto del mundo y el surgimiento de regímenes socialistas en naciones poco desarrolladas son considerados como el reflejo del Bolchevismo. En efecto, muchos de esos países tuvieron el apoyo expreso de la URSS, en sentido económico, ideológico y militar. Incluso la ruptura maoísta se puede interpretar como una involución con respecto a los cambios producidos en Rusia. En Occidente, los logros del proletariado europeo en la segunda mitad del s. XX se han conseguido normalmente por la fuerza, pues la vía electoral no fue, por lo general, nada eficaz para los intereses de esta clase. En la época de las reconversiones, hay que tener en cuenta que existía siempre la amenaza soviética y eso permitió a los sindicatos (sobre todo, los sindicalistas) consolidar derechos y esferas de poder.

Todavía hay en Europa multitud de funcionarios bien situados que se encuentran en situación de presionar a las instituciones y obreros jubilados o prejubilados, que poseen propiedades y cobran cuantiosas pensiones financiadas por sus jóvenes arrendatarios y sus herederos. En uno y otro bloque, el éxito de esta clase social fue incompleto y fugaz, además de ineficiente y, en muchas ocasiones, injusto. No fue así como se vendió a este triunfo a los clientes del comunismo en el siglo XIX; no habría sido posible preverlo,

pero mucho menos reconocerlo. En cualquier caso, el siglo recién acabado se ha caracterizado por ser una pseudodictadura del pseudoproletariado. Muchas veces, las clases bajas encontraban su mejor salida laboral en el ejército o la policía. Hoy también se ha superado la expectativa de estabilidad laboral en estos cuerpos.

La predicción más brillante, a mi entender, de la obra de Marx es la autodestrucción del sistema capitalista y su conversión en una economía planificada. La Planificación económica se lleva a cabo a favor de intereses privados privilegiados, como ocurría sin duda en la Unión Soviética, sólo que ahora las decisiones se toman en las altas instancias empresariales —la “Trilateral comisión” — que utilizan a organismos estatales o multilaterales para la implantación de sus planes (Plan Colombia, por ejemplo). Como Marx predijo, los salarios se elevarían (logros sindicales, años cincuenta y sesenta) y la mano de obra, al ser demasiado cara, sería sustituida por maquinaria (reconversiones, años setenta), a sabiendas de que es un factor menos rentable que los recursos humanos (como hoy admiten todos los economistas). Al final, la concentración empresarial, acabaría con el sistema de mercado. El sistema de competencia alabado por Adam Smith llevaba, efectivamente, el germen de su propia destrucción; incluso ha mudado el pellejo del nombre “capitalismo” (que no gusta nada a los capitalistas) por el traje nuevo de la palabra “globalización”. Lo más asombroso es que el sistema capitalista ha dado cumplimiento a las predicciones de Marx, precisamente, pregonando su intención de desmentirlas y hasta el momento actual no termina de admitirlo.